



Olga de León y Carlos Alejandro

# Relatos sin tinta entre los dedos

El Aerolito

Carlos Alejandro

Tras la reja negra de acero y con pintura escarapelada, en el rincón de un patio escabullido de la luz de la luna, se encontraba una piedra enorme, más pesada de lo que padre e hijo podrían imaginar. El hombre se detuvo, arregló la solapa de su chamarra café y con su brazo derecho señaló la roca, mientras del otro lado sostenía de la mano a su hijo.

-Mira Paulo, ese es un aerolito.

El niño recordó el boquete que había notado durante el viaje, sobre el cerro a la izquierda en la carretera Monterrey - Saltillo, el cual le explicaron fue causado por un meteorito. Pensó entonces que el fragmento frente a él, similar a una roca volcánica, era el mismo que había agujerado la Sierra Madre Oriental. Pero, ¿por qué se encontraba en la Ciudad de México?

Transcurrirían quince años para que el niño, transformado en estudiante de la carrera de filosofía, aprendiera que en algunas civilizaciones, los aerolitos representaban mensajes del cielo, chispas y símbolos descendidos, manifestaciones de alguna divinidad viviendo en las estrellas; y otros quince más para que volviese a caminar sobre la calle de Tacuba en la Ciudad de México, y entendiera que los aerolitos tienen misiones angelicales: el recuerdo de infancia lo pondría en comunicación, nuevamente, con su padre.

Tomó el celular para marcar. Quería avisarle que aceptaría su propuesta. El árbol se había despojado de todas sus hojas y ahora se recubría con nuevas. Desconocía el origen de su miedo a la libertad. Recordó el boquete en el cerro y que a pesar de eso, no podía asegurar qué se encontraba más allá; dónde desembocaría la propuesta. No en el vacío, estaba seguro. Quizás en una nueva presencia. Su padre nunca había sido el Júpiter romano, autoritario; simplemente le había mostrado el aerolito. Ahora, ambos buscaban un diálogo, una persuasión. Esta vez no habría rayos y truenos, solo un hilo robusto por donde transitarían savia y vida. La propuesta: una piedra, una piedra caída del cielo.

Relato sin principio ni final

Olga de León

Era noche de charla y de silencios solo interrumpidos por la gritería del público en el porche de la casa de Los

Naranjos. Los hermanos alrededor del padre escuchaban en la radio el juego estrella de Los Broncos de Reynosa, como otros niños y sus padres hacían desde sus propios espacios... algunos, sin embargo, estaban allí, junto a la familia más o menos numerosa (seis hijos) de A. y J., les gustaba disfrutar del ambiente que ahí se respiraba, al aire libre, sin miedos ni más regla que: "...no hablaremos sino en los intermedios... y al final, cuando termine el juego"; "...de acuerdo, papá.

Pocas veces se rompía el acuerdo, la atención y el interés de todos era mayor; pero cuando sucedía, nada pasaba fuera de miradas congeladas que todos disparaban hacia el "impertinente" que no se aguantaba de



hacer cualquier comentario, como: - ¿y tú a quién le vas, papá?

Como si alguno no supiera, era la década de los sesenta, era Reynosa o Matamoros algún par de años antes, y no mucha novedad se presentaba por aquellos años tranquilos de la frontera bronca y brava, pero también de círculos dilectos y cultos, tanto como humanitarios: el medio era de clase media alta: además del juego y los bailes en el casino petrolero o las reuniones de los clubes, solo podía interrumpir la rutina la presentación de algunos artistas y célebres virtuosos mundialmente conocidos, como los hermanos Alicia y Fernando Marti a dos pianos en noche de Blanco y Negro en el Casino Matamoros.

Otras veces, podía ser el cine ruso con su puesta del Quijote, muy "sui generis", o algunas otras cintas japonesas y europeas de cuño vanguardista o intelectual, sobre las grandes obras de la literatura. Recuerdo particularmente alguna de las tragedias de Shakespeare o Los hermanos Karamazov de Dostoiévski o "El viejo y el mar" con Spencer Tracy. El cine italiano aporta ingenio y originalidad tras la guerra y aun antes de que terminara, con Federico

Fellini, Michelangelo Antonioni, entre otros; el norteamericano después de la guerra, antes y durante retrata una realidad cruda sublimizada o escondida tras la frivolidad de la moda o la originalidad de los nuevos directores y cineastas.

Por aquellos años el cine extranjero llegaba a México tres o cuatro años después de haberse estrenado en su país de origen. Pero a la frontera, algunos empresarios conseguían llevar y exhibir buen cine para audiencia selecta un poco antes, al año o año y medio. Pude ver algunos filmes de esa envergadura, gracias a un padre liberal que no teniendo hijo varón mayor que yo, me llevaban con ellos (mi madre siempre iba, desde luego) a las funciones que podían introducirme para ver obras de la literatura en cine o cuentos de Navidad. El gusto por el cine me lo despertaron, desde los cinco años.

Luego iríamos a la matiné mi hermano y yo: palomitas y refresco nos alcanzaba para comprar con los cincuenta centavos que recibíamos cada uno de domingo; la entrada la teníamos libre en Matamoros, pero eso fue antes de los sesenta. A Orson Wells lo conocí más a través de las charlas de mi



padre que lo que mi memoria registra de su cine, por ejemplo de Macbeth (obras de la época de mis padres, no de la mía), desde luego es una época del cine que he apreciado muchos años después. Casablanca, el clásico del cine estadounidense. La Dolce Vita la fui a ver con una amiguita en Cd. Victoria, para tal función nos arreglamos como "señoritas adultas", teniendo solo catorce o quince años; era un filme del que no sabía por qué fue calificado como pecaminoso o inmoral, por algunos sectores de la sociedad: no lo entendí nunca.

Mientras, los cineastas españoles consolidaban un estilo más cercano al neorrealismo italiano, como sucede con "Bienvenido Mister Marshall", y

Luis Buñuel, el mejor director español del momento -exiliado en México- produce obras estupearas, como "Los olvidados". Imposible no mencionar a Hitchcock, más cercano a nuestra adolescencia, con su cine del suspenso.

Pero... me detengo aquí, en este desvarío desordenado por caminos que no llevan a ningún lado en este apretado recorrido por los entretenimientos y atractivos que se tenían en la frontera norte de México en esas décadas de la mitad del siglo XX.

El cuento no es tal, pero el relato recién empieza y se desvía, como que la noche y la falta de estrellas desde el encierro en el que voluntaria y gratamente me impongo escribir cada jueves, hace que vuele mi imaginación en busca de algún aerolito que se le aproxime aunque sea un poco a ese otro que en algún cuento leí: reivindica la cercanía de un hijo con el padre, a propósito de alguna propuesta y los hoyos en la Sierra Madre. Y que desde mi perspectiva debiera, a la vez, acercar a las naciones que habitan América hacia el Norte y el Sur, especialmente, porque algunos de ellos ignoran que sus "Rockies", antes han sido nuestras también: por aquello de la Sierra Madre Oriental y Occidental.

De esas noches en el porche escuchando en la radio algún juego de beisbol, lo que más añoro son las presencias, el cobijo del amor, la sensación de pertenencia a alguien y algo, casi tanto como el anhelo de volar con el que desde entonces soñaba. Mientras, hacía como que entendía las jugadas, sonreía, festejaba, pero mi mente andaba entre las estrellas.

En ese firmamento, poco tiempo después de leer "Casa de muñecas" desde el aula de primero de Filosofía, y a través de Nora, tanto como de "Seis personajes en busca de autor", o de "El juego de abalorios" de Hesse y tras las ventanas diferentes a las que se asomaban al mundo de Heráclito y Parménides mis profesores, así como encima del rocín que a ratos dejaba descansar el ingenioso hidalgo, digo, que: en aquel firmamento fue donde escribí muchas veces mi imaginaria historia como una pieza teatral, en la que las marionetas son los personajes que me habitan y de los que no me puedo desprender... ni quiero: que son ellos los reales, los verdaderos personajes. Yo solo he sido el sueño de alguien que sabe mi nombre, aunque desconozca de mi alma y mente... casi todo.

Olga Ferri,  
bailarina argentina

Olga Ferri nació el 20 de septiembre de 1928 en uenos Aires, Argentina. Alumna de Esmée Bulnes, se formó en la Escuela de Danza del Teatro Colón pasando a integrar el ballet estable de dicho teatro. A los 18 años es solista y desde 1949 primera bailarina del ballet del teatro protagonizando los estrenos de Romeo y Julieta, Los pájaros de Margarita Wallmann, Sinfonía fantástica de Léonide Massine.

En 1954 estrena La dama y el unicornio de Heinz Rosen sobre idea de Jean Cocteau y en 1958, Alicia Alonso la elige para Giselle como la primera bailarina argentina que la interpreta en su versión coreográfica original.

Su carrera internacional la lleva a Brasil; París, perfeccionándose allí con Víctor Gsovsky, Nicolás Zverev y Boris Kniazeff; Múnich; Berlín, y luego como solista del Ballet del Marqués de Cuevas y del London's Festival Ballet en 1960, 1961, 1963 y 1966 donde baila Giselle, La doncella de nieve, El espectro de la rosa y otras.

En esa compañía británica protagonizó el estreno de la versión integral de El lago de los cisnes coreografiado por Jack Carter y Muerte del cisne.

Alterna su actividad internacional con el Teatro Colón donde en 1971 Rudolf Nureyev la elige para su versión de El cascanueces que estrena junto a él en Buenos Aires y donde también baila "Coppelia", "La bella durmiente del bosque", "Orfeo" de Andrade; y los estrenos mundiales de "Romeo y Julieta" (junto a José Neglia) y "La Cenicienta" de George Skibine y "La Sylphide" de Pierre Lacotte.

Casada con el primer bailarín del Teatro Colón, Enrique Lommi (1922-), ambos maestros.

A partir de 1973, se presenta en Nueva York y Washington y otras ciudades de la unión americana. En 1977 se retira oficialmente con Coppelia de Leo Delibes. En dos oportunidades fue directora del Ballet Estable del Teatro Colón. En 1989 fue galardonada con el Premio Konex de Platino. Fue nombrada Ciudadano ilustre de la Ciudad de Buenos Aires y entre otros galardones obtuvo Gran Premio de Honor Fondo Nacional de las Artes (1977) y la Orden al Mérito de los Caballeros de San Martín de Tours en el Histórico Cabildo (1984).

Muere la noche del 15 de septiembre de 2012.

ad p̄dem  
literae

"Los grandes bailarines no son geniales por su técnica, sino por su pasión",

Martha Graham.

letras de  
buen humor

"En el principio era la danza, y la danza estaba en el ritmo, y el ritmo era la danza. En el comienzo era el ritmo y todo ha sido hecho por él, y nada ha sido hecho sin él."

Serge Lifar

## En interiores...

La muerte simbólica del otro

María Teresa Priego

Página 2

Contra el exceso de agua

Mónica Lavín

Página 3

La Voz del Papa

Página 4